



ORDO EQUESTRIS SANCTI SEPULCHRI HIEROSOLYMITANI Lugartenencia Argentina - 1888

Ofrecemos a contuación, la reflexión que realizara el P. Alejandro Álvarez Campos CSS en la reunión mensual mantenida por Zoom del pasado 17 de junio.

“Hoy la Providencia nos da la gracia de reunirnos y reflexionar juntos en el medio de dos grandes fiestas en la vida de la Iglesia, en nuestra vida. La solemnidad de Corpus Christi (Domingo 14 de Junio), de la Eucaristía que es el centro de nuestras vidas, y la del Sagrado Corazón de Jesús (Viernes 19 de Junio), memoria del Amor de Dios por cada uno de nosotros.

Es sin duda también un momento para dar gracias a Dios por darnos a la Iglesia como Madre y Maestra que a través de las fiestas y tiempos litúrgicos nos enseña a adentrarnos en lo que celebramos y así comprender mejor su significado, indicándonos siempre el camino y manteniendo encendidas nuestra Fe, Esperanza y Caridad.

Si bien celebramos las dos solemnidades por separado, podemos decir que estas son una fiesta única e inseparable, pues donde está el Cuerpo del Señor, allí también está Su Divino Corazón.

En la solemnidad del Corpus Christi celebramos no solo la divinidad de Jesucristo sino también la humanidad de Su Cuerpo en una sola Persona Divina, que amó no solo con amor divino sino también con amor humano.

Para entender mejor la fiesta de Corpus Christi, haciendo uso de la razón que Dios nos ha dado, tendríamos que recordar por qué Dios nos ha creado y cuál es el fin de nuestra existencia.

Dios nos ha creado para conocerlo, amarlo y servirlo, y así ser felices en esta vida pasajera y en la vida eterna. Es decir que Dios nos ha creado por amor y para que participemos eternamente de su amor y felicidad (cfr. Prólogo I, 1; Art. 356 Catecismo de la Iglesia Católica). Es claro que el amor no puede nacer o desarrollarse sin conocer previamente el objeto de nuestro amor y no es real si no se expresa en

conSiendo ese el objetivo que Dios ha pensado para nosotros, y siendo Él fiel a su promesa, a pesar de nuestra rebeldía y pecado, no solo está dispuesto a seguir ofreciéndonos su amor sino que es capaz de hacer cualquier sacrificio para que podamos alcanzar el fin para el que fuimos creados.

Por eso Dios, que crea al hombre, no lo deja solo, se acerca, se comunica y se revela (cfr. Dei Verbum 2); no nos abandona sino que sigue acercándose a nosotros, sigue haciéndose presente en nuestras vidas, y nos sigue llamando y dándonos los auxilios necesarios.

Es por eso que Dios se revela al pueblo de Israel y pedagógicamente se va dando a conocer hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo: “... por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre, y por nuestra causa fue crucificado...”, rezamos en el Credo Niceno-Constantinopolitano.

Jesucristo, que se entrega por nosotros, nos redime, nos rescata, no a precio de oro o plata, sino a precio de Su Sangre (cfr. 1 Pedro 1, 18-21), pagó el rescate de nuestra salvación de una vez y para siempre.

INDEX

Destacados

Saludos del Gran Maestro
por Pascua de Resurrección 4

Noticias de Tierra Santa 5

Solemnidad de la Ascensión de
Nuestro Señor – Homilía 7

Solemnidad de Pentecostés –
Homilía 10

*“Surrexit Dominus vere, alleluia. Ipsi gloria et imperium per universa aeternitatis saecula”
Lc 24,34 – Ap 1,6*

AUTORIDADES

Lugarteniente

SE Lic. D. Juan Francisco C. Ramos Mejía
Gran Cruz

Gran Prior

SER Mons. Héctor Aguer
Gran Oficial

CONSEJO

Canciller

Lic. D. Santiago Bergadá
Caballero

Secretario

Dr. D. Daniel Herrera
Caballero

Tesorero

D. Fernando Menéndez Behety
Comendador

Ceremoniero laico

Esc. D. Gustavo Arigós
Comendador

Ceremoniero eclesiástico

Pbro. D. Alejandro Álvarez Campos
Caballero

Consejero

Cr. D. Federico Eijo de Tezanos Pinto
Caballero

Consejero

D. Guillermo Leguizamón Mayol
Caballero

Consejero de comunicación

Dr. D. Gabino Oliva
Caballero

LUGARTENIENTES DE HONOR

SE Prof. Dr. D. Isidoro Ruiz Moreno
Gran Cruz
Lugarteniente (1997 - 2005)

SE D. Eduardo Antonio Santamarina
Gran Cruz
Lugarteniente (2007 - 2015)

Pero Dios en su infinito Amor (y porque nos conoce y sabe de que estamos hechos, y que muchas veces flaquea nuestra fe, y necesitamos ver para creer) quiere no solo rescatarnos, sino que de alguna forma nosotros también podamos estar presentes en su sacrificio, que de alguna forma podamos ver su sacrificio, y viéndolo, creamos.

Y viéndolo y estando presentes también participemos de su sacrificio y nos alimentemos de él, y así no flaqueen nuestras fuerzas. Por eso Jesús les dice a los judíos: “...*Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él...*” (Juan 6, 53-56).

Los judíos que lo escuchaban entendieron bien el significado de las palabras de Jesús, y es por eso que incluso algunos de sus discípulos dejaron de seguirlo, lo abandonaron. Jesús no les dice a los que se estaban yendo: me entendieron mal, vengan que les explico mejor...los deja ir...y tanta fue la conmoción que causaron esas palabras que los mismos apóstoles, que no entendieron su significado en ese momento, empezaron a inquietarse. Jesús se da cuenta y directamente les pregunta: “¿...*También ustedes quieren irse...*?” (Juan 6, 67), y Pedro, aunque no tenía idea de aquello que el Maestro les estaba revelando, pero lleno de fe en la Persona de Jesús, humildemente le responde: “...*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios...*” (Juan 6, 68-69)

Hay cosas que podemos entender haciendo uso de la inteligencia y la razón que Dios nos dio, pero hay otras que debemos humildemente aceptar porque, como Pedro, creemos en Aquél que nos lo está diciendo: Jesucristo.

Así Jesús anticipó en la Última Cena el sacrificio de la Cruz, que revivimos cada día en la Eucaristía. La Santa Misa no es solo la Última Cena, donde Jesús nos deja Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, sino también el mismo sacrificio de Jesús en la Cruz. Y nosotros estamos allí presentes en el Calvario. Pero, podríamos preguntarnos: si el sacrificio de Jesús es uno solo y para siempre ¿por qué se celebra o se revive cada día? Jesús no solo quiere rescatarnos sino que también estemos presentes en su sacrificio, y que ese único sacrificio nos alimente y sus beneficios se apliquen en el hoy y ahora de nuestras vidas en esta tierra.

San Juan Pablo II en la Carta Apostólica “Ecclesia de Eucharistia (la Iglesia vive de la Eucaristía) del año 2003, nos enseña: “...*Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre solo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente...Deseo una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con ustedes, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio...¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn. 13,1), un amor que no conoce medida*”.

Cómo decía antes en nuestra religión hay cosas que aceptamos por la fe en Dios y otras que las aceptamos luego de entenderlas mediante la razón. ¿Cómo es que Dios lo hace? ¿Cómo es que se queda en el Pan y Vino consagrados? Lo aceptamos por la fe. ¿Por qué lo hace? Lo sabemos y entendemos: por puro amor. Y el amor de Jesús es lo que recordamos en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, Corazón Divino y humano, al que no le son indiferentes nuestras muestras de amor y buenas acciones, como tampoco le son indiferentes nuestros olvidos, faltas de tiempo, desprecios y rechazos.

En los evangelios tenemos muchos ejemplos de cómo Jesús se compadece de nuestras miserias y no le son indiferentes nuestras muestras de cariño o falta de él. Basta solo algunos ejemplos: Los diez leprosos (Lucas 17, 11-19); la comida en casa del fariseo (Lucas 7, 36-50); andaban como ovejas sin pastor (Mateo 9, 36); la viuda de Naím (Lucas 7, 11-17). Es por eso que Jesús con Su Amor Divino y humano, a pesar de estar presente en la Eucaristía, no deja, a lo largo de la historia, de elegir y dar muestras de amistad a hermanos y hermanas nuestras para recordarnos, a través de ellos, Su mensaje.

Así fue como Jesús se apareció a Santa Margarita María de Alacoque, Monja de la Visitación, durante la octava de la fiesta del Corpus Christi en el año 1675.

Jesús le expone a Santa Margarita María el dolor que le causan nuestras infidelidades diciéndole: “*Mira este Corazón mío, que a pesar de consumirse en amor abrasador por los hombres, no recibe de los cristianos otra cosa que sacrilegio, desprecio, indiferencia e ingratitud, aún en el mismo sacramento de mi amor. Pero lo que traspasa mi Corazón más desgarradoramente es que estos insultos los recibo de personas consagradas especialmente a mi servicio*”.

Jesús le pide a Santa Margarita María que difunda esta devoción a su Sagrado Corazón y le hace a ella y a todos los que devotamente colaboremos en su propagación una serie de promesas que haremos bien en meditar y poner por obra, siendo la última: “*Yo te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos aquellos que comulguen nueve Primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final: No morirán en desgracia mía, ni sin recibir sus Sacramentos, y mi Corazón divino será su refugio en aquél último momento*”.

Pidámosle a María Santísima la gracia de amar cada día más a Jesús en la Eucaristía, buscando pasar algún momento del día con Él y preparándonos cada día mejor para recibirlo. Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.

**Saludos
por la Pascua de Resurrección
del Gran Maestro
SE Card Fernando Filoni**

**MESSAGGIO
PER LA QUARESIMA 2020**

La Quaresima è un tempo speciale per tutti i membri dell'Ordine Equestre del Santo Sepolcro di Gerusalemme. È il tempo che ci accompagna, giorno dopo giorno, al mistero della Croce, della Sepoltura e della Risurrezione di Cristo. Il Sepolcro è il simbolo della conclusione della vita di Gesù e l'esserne vuoto è il simbolo che Cristo è tornato alla vita gloriosa dove donne e uomini discepoli del Signore Lo incontrano risorto, vivente.

Questo è dunque un periodo a noi particolarmente caro. Desidererei che ognuno di noi, in questo tempo, riflettesse sul senso della nostra appartenenza all'Ordine Equestre del Santo Sepolcro di Gerusalemme.

La creazione dell'Ordine risponde al desiderio di coinvolgere qualificati uomini e donne che intendono collaborare ad un nobilissimo fine che sta a cuore a tutti i Cristiani, e da sempre: aiutare la Terra Santa e le sue istituzioni umane, culturali e spirituali e servire la Chiesa e le Comunità che vi abitano nel rispetto dei diritti fondamentali delle persone, nel favorire il dialogo tra le diversità e promuovere la pace. Gesù ci ricorda che coloro che promuovono la pace, gli operatori di pace, saranno chiamati figli di Dio (cfr. Mt 5, 9). Questa beatitudine ci riguarda, e ci impegna seriamente essendo il nostro ideale, costituendo, al tempo stesso, il metro di confronto e di giudizio.

Quanto alla nostra appartenenza all'Ordine, essa scaturisce non solo dal nostro desiderio di partecipazione. Esso non basta. È necessario che ogni Membro abbia una dignità ed un'attitudine per farne parte. In fondo, si può dire che sia necessaria anche una vocazione, oltre alla propria disponibilità. Infatti, la creazione di una Dama e di un Cavaliere avviene per autorità della Chiesa; non ci proviene da un ceto sociale, né da una eredità di famiglia. Nasce dalla maturità di Cristiani sensibili che desiderano contribuire al bene della Terra Santa, la Terra di Gesù Redentore, santificata dalla sua presenza, dalla sua parola e dal suo sacrificio.

Desidero pertanto in questa occasione, che ognuno di noi rifletta sul modo di rendere il nostro Ordine una istituzione adeguata e rispondente ai propri fini.

Tocca a ciascuno di noi sentire se essa ci appartiene; sentire, senza immaginare perfezionismi, se essa è il 'mio Ordine', capace di generare in me generosità, amicizia e stima. Mi piacerebbe pensare che, essere un Membro dell'Ordine del Santo Sepolcro di Gerusalemme, generi in ciascuno di noi lo stesso stupore che fu di Maria di Magdala e dei Discepoli nel vedere il sepolcro del Signore vuoto e averLo incontrato risorto. Ciò procurò loro immensa gioia.

Raccomando che nella vita di Dame e Cavalieri non manchi mai la preghiera che ci rende più prossimi a Cristo, la carità che è la virtù della nostra vocazione specifica di cristiani, la generosità come convinzione che fare il bene aiuta me, prima ancora degli altri! Mi auguro che queste riflessioni ci accompagnino alla Pasqua, un cammino che la Chiesa pone per la nostra santificazione.

Buona Quaresima!

(Traducción del Mensaje de Pascua 2020, por Carlos Regúnaga CCSS)

La Pascua es un período especial para todos los miembros de la Orden Equestre del Santo Sepulcro de Jerusalén. A través de ese tiempo, nos acompaña cada día el misterio de la Cruz, de la Sepultura y de la Resurrección de Cristo. El Sepulcro es el símbolo del fin de la vida de Jesús, y su vacío es el símbolo del regreso de Cristo a la vida gloriosa, donde sus discípulos, hombres y mujeres, lo encuentran resurrecto y vivo.

Es entonces, para nosotros, una época especialmente preciosa del año. Durante este período, sería mi deseo que cada uno de nosotros medite sobre el significado de pertenecer a la Orden Equestre del Santo Sepulcro de Jerusalén.

La creación de la Orden responde al deseo de involucrar a hombres y mujeres calificados que quieran colaborar en una muy noble causa que ha tenido siempre un lugar central en los corazones de todos los cristianos: ofrecer ayuda a la Tierra Santa y a sus instituciones humanas, culturales y espirituales, y servir a la Iglesia y a las Comunidades que viven allí respetando los derechos humanos fundamentales, al mismo tiempo que se favorece el diálogo entre pueblos diversos y se promueve la paz. Jesús nos recuerda que los promotores de la paz, los pacificadores, serán llamados hijos de Dios (Mateo 5:9). Esta bienaventuranza nos preocupa y nos impone una obligación seria, ya que, además de ser nuestro ideal, constituye el metro para la comparación y para el juicio.

Nuestra pertenencia a la Orden no fluye solamente de nuestro deseo de participar. Eso no es suficiente: cada miembro debe tener la dignidad y la disposición correcta para ser parte de la Orden. En el fondo, se puede decir que requiere una vocación, además de estar disponible. Las Damas y los Caballeros han sido en realidad creados por la autoridad de la Iglesia; su nombramiento no se basa en su condición social ni su herencia familiar. Nace de la madurez de cristianos sensibles que buscan contribuir al bien de Tierra Santa, la Tierra de Jesús, el Redentor, que fue hecha Santa por Su presencia, por Su palabra y por Su sacrificio.

Por ello, en esta ocasión, es mi deseo que cada uno de nosotros reflexione sobre el modo de hacer de nuestra Orden una institución adecuada que corresponda con sus propios fines.

Cada uno de nosotros debe discernir si ése es nuestro llamado; percibir, sin caer en perfeccionismos engañosos, si ésta es "mi Orden", capaz de generar en mí generosidad, amistad y estima. Me complace pensar que ser un Miembro de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén generará en cada uno de nosotros el mismo estupor experimentado por María Magdalena y los discípulos al ver el Sepulcro del Señor vacío y al encontrarse con Él resurrecto. Esto los llenó de un gozo sin límites.

¡Recomiendo que en las vidas de las Damas y los Caballeros nunca falte la oración que nos acerca a Cristo, ni la caridad, que es la virtud de nuestra vocación específica como cristianos, ni la generosidad, como convicción de que hacer el bien es un servicio aún mayor para uno mismo, aún antes de que lo sea para otros! Espero que estas reflexiones nos acompañen en nuestro sendero hacia la Pascua, un camino trazado por la Iglesia para nuestra santificación.

Feliz Pascua

Noticias desde Tierra Santa

Socorrer a los necesitados

Bajorrelieves en bronce para el Via Crucis de Jerusalén

Desde el pasado 6 de octubre, 14 esculturas de bronce que representan las estaciones del Via Crucis lucen con toda solemnidad en la Ciudad Vieja de Jerusalén. Han sido realizadas en Verona y bendecidas en Roma por el Papa Francisco.

El 21 de diciembre pasado, en la Sala Clementina del Vaticano, habían sido bendecidas por el papa Francisco. El 6 de octubre fue el día definitivo: fueron bendecidas por el Custodio de Tierra Santa, fray Francesco Patton, después de la celebración de la eucaristía. Posteriormente, el nuncio apostólico, monseñor Leopoldo Ginelli, presidió el Via Crucis y bendijo a su vez las nuevas estaciones fijadas sobre los muros a lo largo de la "Via Dolorosa" de la ciudad vieja de Jerusalén. La celebración terminó con la bendición de los últimos cinco paneles en la iglesia del convento de San Salvador, cuyo lugar definitivo es la capilla franciscana del Santo Sepulcro para no violar el statu quo vigente en la Basílica.

El proyecto, una colaboración entre la Diócesis de Verona y la Custodia de Tierra Santa, se realizó totalmente en Verona con el apoyo de la asociación "Un Via Crucis en Jerusalén". El trabajo fue donado por la ciudad italiana. Las esculturas, del artista veronés Alessandro Mutto, tienen unos 50 x 60 cm de altura, pesan unos 15 kg cada una y fueron realizadas por la Fundación Artística BMN Arte. Hasta ahora no había representaciones artísticas de los aspectos más destacados de la Pasión de Jesús. Sólo los números romanos en un disco indicaban las estaciones de la Cruz. *"En nuestra opinión, hacía falta algo que reflejase lo que la gente siempre ha visto en su imaginación"*, comentó Roberto Brizzi, fundador de la fundación.

Esta obra es la continuación de una colaboración que comenzó en 2003, con la creación de una asociación que construyó la "Puerta de la Paz": el portal de bronce que une la Basílica de Santa Catalina con la Basílica de la Natividad en Belén, que representa las escenas del nacimiento de Jesús.

Un trabajo que ha durado ocho meses, el del escultor Alessandro Mutto, que dice haber tenido que estudiar mucho antes de ponerse manos a la obra. *"Pensé en ponerme en la piel de un espectador de hace dos mil años" explicó el escultor, "y ver estas escenas como si pasase por casualidad por estos lugares, traté de identificarme con los personajes para usar sus movimientos, especialmente las expresiones faciales. Tuve que trabajar en miniatura, con plastilina, tratando de realizar todos los paneles al mismo tiempo, para no correr el riesgo de equivocarme en las proporciones"*.

Como dijo fray Francesco Patton en la homilía: *"Que el Señor Jesús, que lo recorrió el primero, proteja nuestros pasos en el camino de la Cruz, que es el camino de la Vida"*.

Fuente: Revista Tierra Santa

Reyes de Bélgica visitan Jerusalén

Con motivo de una peregrinación privada a Tierra Santa Su Majestad el Rey Alberto, sexto soberano de los belgas de 1993 a 2013 y su esposa, Su Majestad la Reina Paola, visitaron el Santo Sepulcro en Jerusalén el pasado 17 de septiembre de 2019. Los tres superiores de las comunidades del Santo Sepulcro, ortodoxos griegos, franciscanos y armenios, mostraron su deseo de bendecir al matrimonio real cuando los monarcas mencionaron que habían celebrado 60 años de matrimonio en julio pasado.

Fuente: Revista Tierra Santa



La reliquia de la cuna de Jesús vuelve a Tierra Santa

Un pequeño fragmento de madera que, según la tradición cristiana, pertenecía la cuna donde la Virgen María colocó al Niño Jesús hace más de dos mil años, vuelve a la Tierra Santa desde Roma. El Patriarca de Jerusalén, San Sofronio, a mitad del siglo VII donó al papa Teodoro I (642-49) la reliquia, original del pesebre de Jesús. Han pasado más de 1400 años en la basílica de Santa María Mayor en Roma. *"La cuna nos recuerda lo que debería ser el corazón de cada cristiano y ese es un lugar simple y humilde, capaz de dar la bienvenida a Jesús"*. Así lo dijo el padre Francesco Patton el pasado 3 de diciembre, durante la misa en la Basílica de la Natividad, donde fue acogida la reliquia de la Santa cuna donada por el Papa Francisco. Después de haber encendido la primera vela de Adviento, el fragmento fue colocado en una vitrina conservada en la Iglesia adyacente de Santa Catalina.

Fuente: Revista Tierra Santa

Colabore con la Comisaría de Tierra Santa en Buenos Aires
y los trabajos que lleva a cabo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
a través del Instituto Tierra Santa.

El Santo Sepulcro de Jerusalén vuelve abrir a los peregrinos: podrá haber 50 a la vez en su interior

En **Tierra Santa** este domingo de 24 de mayo se vuelve a llenar de esperanza pues tras dos meses cerrada a los fieles debido a la pandemia de coronavirus hoy se ha reabierto la basílica del **Santo Sepulcro de Jerusalén**, aunque con importantes restricciones.

El franciscano **Francesco Patton**, Custodio de Tierra Santa, y los patriarcas greco-ortodoxo y armenio de Jerusalén, Teófilo III y Nourhan Manougian, jefes de las tres comunidades que administran el templo en virtud del status quo, aclararon que **solamente podrán entrar cincuenta personas de cada vez** y deberán hacerlo con mascarilla, con una distancia de seguridad de 2 metros y evitando besar las piedras y objetos sagrados.

Según recoge la Fundación Tierra Santa, **nunca desde la Peste Negra en 1349, ni siquiera en tiempo de guerra, había dejado de estar abierta a los fieles**, salvo tres días en febrero de 2018 como protesta contra una tasa abusiva que fue retirada.

Durante estos dos meses, **la basílica se ha mantenido con culto aunque sin fieles gracias a la presencia de los religiosos que viven en el interior** de la basílica y que estuvieron en ella durante todo el confinamiento.

¿Qué se encontrarán los fieles que accedan a partir de este domingo? La cadena católica francesa KTO ha grabado un breve reportaje visual que se introduce y presenta todas las estancias del templo: la Piedra de la Unción, donde el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo fue preparado para la sepultura tras el Descendimiento de la Cruz; la Capilla de la Crucifixión; la Capilla del Calvario o Gólgota; la Capilla Copta-Ortodoxa; la Capilla del Ángel; un resto de la piedra que selló el Sepulcro; la Tumba de Jesús; la Capilla de la Invenición de la Cruz, donde Santa Elena encontró la Vera Cruz; el lugar, señalado por el Sol, donde Jesús Resucitado se apareció a María Magdalena en la mañana de Pascua.

Ofrecemos a continuación la homilía de Mons. Fernando Cavaller CSS, con ocasión de la Solemnidad de la Ascensión de Nuestro Señor

ASCENDER CON CRISTO

La Ascensión de Jesús a los cielos que hoy celebramos está relatada en el evangelio y también en el comienzo del libro de los Hechos de los Apóstoles de la primera lectura. Éste último dice que “después de su Pasión, Jesús se manifestó a los apóstoles dándoles numerosas pruebas de que vivía, y durante cuarenta días se les apareció y les habló del Reino de Dios”. Así sabemos el tiempo que transcurrió entre la Pascua y la Ascensión. Un tiempo misterioso como todas las cuarentenas que aparecen en la Biblia: los 40 días de Moisés en el monte Sinaí, los 40 años del pueblo de Israel hacia la tierra prometida, los 40 días de Jesús ayunando en el desierto de Judea antes de comenzar su vida pública. Y la Iglesia ha pasado estas cuarentenas al año litúrgico, en dos momentos: la cuarentena de Cuaresma (que así se llama precisamente) para preparar la Pascua y la cuarentena de Pascua que termina con la Ascensión.



San Agustín nos enseñaba en un comentario que les envié la semana pasada que hay dos tiempos, “uno, el presente, que se desarrolla en medio de las pruebas y tribulaciones de esta vida, y el otro, el futuro, en el que gozaremos de la seguridad y alegría perpetua”, y entonces “se han instituido la celebración de un doble tiempo, el de antes y el de después de Pascua. El que precede a la Pascua significa las tribulaciones que en esta vida pasamos, el que celebramos ahora, después de Pascua, significa la felicidad que luego poseeremos...Por esto, en aquel primer tiempo nos ejercitamos en ayunos y oraciones, en el segundo, el que ahora celebramos, descansamos de los ayunos y lo empleamos todo en la alabanza. Esto significa el Aleluya que cantamos”. (In Salm 148)

**La Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén,
proporciona formación doctrinal
mediante reflexiones sobre el Catecismo
de la Iglesia y su actualidad; charlas sobre
los desafíos que plantea el siglo XXI para
la vida cotidiana del cristiano y
organizando actos de piedad.**

Es interesante observar el realismo que la Iglesia ha querido dar a estas dos cuarentenas, la penitencial de Cuaresma y la festiva de Pascua, porque son exactamente 40 días de calendario en cada caso. Pero entonces la cuarentena de Pascua ha terminado con la fiesta de la Ascensión el jueves pasado. Así se celebra todavía en varios países de Europa, como Italia y Francia, y varios países de América. En algunos es incluso feriado oficial. En otros, como el nuestro, ha pasado al domingo siguiente, es decir, hoy. Se ha ido perdiendo ese realismo sacro que las fiestas cristianas otorgaban a la vida general de la sociedad, que hasta no hace mucho se regulaba no sólo con festividades cívicas sino religiosas, y eran muchas más que las cívicas. Hoy la proporción es inversa. En Argentina quedan sólo tres feriados religiosos. Este proceso de desacralización se ha extendido desde el siglo pasado inclusive a los domingos, que han quedado incluidos en el genérico “fin de semana”, un tiempo de descanso sin referencia religiosa alguna. En este estado de cosas llegó la cuarentena del coronavirus, que ha venido a confundir lo que quedaba, porque ha abarcado la cuarentena cuaresmal y luego la pascual, y lo que al principio parecía providencial porque coincidía la penitencia cuaresmal con el aislamiento sanitario, después no porque seguimos haciendo penitencia con barbijo y aislamiento durante los 40 días pascuales. Llegará Pentecostés el próximo domingo, 50 días después de Pascua, y todo seguirá igual al parecer.

Todo esto lo pongo de relieve, porque precisamente la fiesta de la Ascensión en particular señala lo más olvidado en el mundo actual: la existencia del cielo. Es decir, la realidad de una vida eterna con Dios después de esta vida terrena. Y lo señala no como una idea piadosa y consoladora, sino como una convicción fundada en el hecho real e histórico de la Ascensión de Jesucristo a los cielos. El relato de hoy dice que “los Apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos”. Es interesante pensar que Jesús, el Hijo eterno del Padre eterno, bajó del cielo para hacerse hombre, pero fue un hecho invisible, anunciado por el ángel a María, y aceptado por la fe. Pero ahora, en cambio, Jesús se muestra gloriosamente resucitado a los Apóstoles durante 40 días y finalmente asciende al cielo a la vista de ellos. Nos alegramos de esto, porque la fe cristiana está fundada en hechos reales, que la Iglesia celebra sacramentalmente en la liturgia todo el año. El culto católico es el único medio por el cual mantenemos vivo ese realismo de los hechos, como el de la Ascensión, y por eso hay que defender y reclamar ese culto, precisamente ahora, para que no caiga en el olvido, o termine siendo un espectáculo virtual de televisión.

A ese realismo histórico, se ha sumado en la tradición cristiana el realismo geográfico, que inspiró a la Iglesia desde el comienzo la veneración de los lugares santos donde los hechos ocurrieron. Y esa fue, y es, la razón de las peregrinaciones, especialmente a Tierra Santa. El evangelio de San Lucas señala el lugar de la Ascensión en el monte de los Olivos, frente a Jerusalén, a 800 m de altura. Desde allí se ve toda la ciudad. En el siglo IV ya había una iglesia, que destruyeron los persas en el año 614. Los cruzados levantaron otra en el siglo XII, que fue destruida por los musulmanes en el siglo XIII. Pero quedó en pie la edícula central, un pequeño templete que todavía está allí, donde los peregrinos ingresan para besar en el piso de roca la huella de los pies de Jesús antes de su Ascensión.

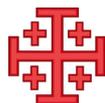
Dicho esto, acerca del realismo de la fe y del culto cristiano, consideremos algunos aspectos de la Ascensión de Jesús. En primer lugar ¿qué significa Ascensión? No sube hacia un lugar físico que está fuera del alcance de nuestra vista, fuera del planeta. El cielo de que aquí se trata no es el que llamamos cielo y ven nuestros ojos ahora. Aquí el Cielo no es un espacio, no es algo, sino Alguien, es Dios mismo, es Cristo mismo. Lo dijo Jesús en la Última Cena: “Me voy al Padre...Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez del mundo y voy al Padre” (Jn 16, 17.28). En el Credo lo decimos así: “Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso”.

En segundo lugar, como dice San León Magno, los apóstoles “al no ver el cuerpo del Señor pudieron comprender con mayor claridad que no había dejado al Padre al bajar a la tierra, ni había abandonado a sus discípulos, al subir al cielo”. Es decir, no está ausente sino presente. Newman lo expresa así: “Cuando vivía visible en la tierra, Él estaba también en el cielo; y ahora, aunque ascendido allá arriba, se encuentra aún sobre la tierra”. Podríamos preguntar ¿dónde? Por un lado, y pensando en su divinidad la respuesta sería “está en todo lugar”. Pero pensando en su humanidad glorificada, unida a su divinidad, la respuesta puede ser más concreta: “está presente real y substancialmente en la Eucaristía”.

Dice Newman al respecto: “Él está aún aquí, y nuevamente en secreto...Su presencia es tan poco manifiesta e impresionante para la mayoría, como también lo fue Su presencia corporal antes...Cuando nació en el mundo, el mundo no lo supo. Yació en un rudo pesebre, entre los animales, pero “todos los ángeles de Dios le rindieron culto”. Ahora también Él está presente sobre la mesa [del altar]...y la fe adora, ... aunque el mundo pase de largo”. Esto es algo que podemos vivir hoy, aunque no tengamos misa: está el sagrario y allí está Jesús vivo y presente. En nuestra iglesia se expone todos los días el Santísimo Sacramento, podemos entrar y adorar, aunque el mundo pase de largo. En el evangelio de San Mateo, que leemos hoy Jesús les dice a los apóstoles: “Yo estaré siempre con vosotros hasta el fin del mundo”. Y así es.

En tercer lugar, la Ascensión del Señor a los cielos nos habla, finalmente, de su vuelta visible a la tierra, su Segunda Venida al fin de los tiempos. Así dice el relato de hoy: “Como [los apóstoles] permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: ‘Hombres de Galilea, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo habéis visto partir’”. Es lo que cantamos de pie en misa después de la consagración: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús”. Vivimos entre la Ascensión de Jesús y su Venida al fin de los tiempos, su Ida y su Vuelta, y la Eucaristía es su Presencia intermedia. Dice Newman: “Desde que Cristo vino, padeció por nosotros y ascendió a los cielos, se encuentra siempre cerca de nosotros, siempre a mano, aunque de hecho todavía no haya vuelto. Nunca se ha ido del todo y nunca acaba de venir”. La Eucaristía es “un sostén y un consuelo mientras tanto, juntando el pasado y el futuro, recordándonos que Él ha venido una vez y prometiéndonos que vendrá de nuevo”. Por eso la deseamos ahora, y la reclamamos con todo derecho, porque es lo más esencial, precisamente en esta cuarentena sanitaria.

Por muy aislado que el mundo esté para prevenir el contagio, no lo está de la presencia de Cristo resucitado, que ha abierto las puertas y ventanas de este mundo para invitarnos a pasar al cielo, donde Él ya está junto al Padre. Esas puertas y ventanas se hacen visibles aquí en las iglesias, que por eso mismo deben estar abiertas, porque allí está Jesús presente hasta el fin de los tiempos en el Pan celestial. Y porque allí se celebra de modo real la Misa, el culto esencial, donde Jesús baja Su Cielo a la tierra y nos hace escuchar la exhortación del Prefacio: “levantemos el corazón”, para que respondamos con alegría “lo tenemos levantando hacia el Señor”, es decir, “nuestro corazón asciende contigo”. No nos dejes descender, Señor. Amén.



BENEDICTO XVI

“La Ascensión de Cristo significa que él ya no pertenece al mundo de la corrupción y de la muerte, que condiciona nuestra vida. Significa que él pertenece completamente a Dios”
(Homilía, 7 de mayo de 2005).

“La Ascensión del Señor significa que Cristo no se ha alejado de nosotros, sino que ahora, gracias a su estar con el Padre, está cerca de cada uno de nosotros, para siempre” (Homilía, 7 de mayo de 2005).

“Aprendamos a vivir siempre en comunión con Cristo crucificado y resucitado, dejándonos guiar por la Madre celestial suya y nuestra” (Ángelus, 29 de mayo de 2002).



La Solemnidad de Pentecostés es una de las fiestas más importantes del año litúrgico porque conmemora la llegada del Espíritu Santo sobre Santa María y los Apóstoles. Presentamos seguidamente la homilía de Mons. Fernando Cavaller CSS

VIVIR Y OBRAR SEGÚN EL ESPÍRITU SANTO

Han pasado las siete semanas pascuales, cincuenta días. De allí el nombre de la fiesta de hoy: *Pentecostés*, **cincuenta días de tiempo pascual**. La Pascua de Cristo llega a plenitud con la efusión del Espíritu Santo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. La Resurrección de Cristo, su Ascensión a los cielos, y **el descenso del Espíritu Santo**, son como un evento continuado, que ha de ser contemplado en una sola perspectiva. Jesús prometió a los Apóstoles la venida del Espíritu Santo, una vez que volviera al Padre: "Yo pediré al Padre, y Él les dará otro Paráclito, que estará en vosotros para siempre" (Jn 14,16).

Como dice Newman, "Aunque Cristo vino en nuestra carne para verlo y tocarlo, no bastó. Aún permanecía externo y separado. Luego de su ascensión, de nuevo descendió, por y en su Espíritu, y así al fin la promesa se cumplió" (PPS IV,11). "¿Por qué ha venido el Espíritu Santo, para suplir la ausencia de Cristo, o para llevar a cabo Su presencia? Ciertamente para hacerlo presente. Ni por un momento supongamos que Dios Espíritu Santo viene en el sentido de que Dios Hijo permanece fuera. No, Él no ha venido de modo que Cristo no venga, sino que viene más bien **para que Cristo pueda venir con Su venida**...El Espíritu Santo causa la inhabitación de Cristo en el corazón, y la fe le da la bienvenida. De este modo el Espíritu no toma el lugar de Cristo en el alma, sino que le asegura ese lugar a Cristo...Cristo ha prometido que estará con nosotros hasta el fin del mundo, que estará con nosotros, no sólo como está en la unidad del Padre y del Hijo, ni en la Omnipresencia de la naturaleza divina, sino personalmente, como el Cristo, como Dios hecho hombre, no presente a nosotros de modo local y sensible, pero sí real, en nuestros corazones y a nuestra fe. Y esta comunión se lleva a cabo por medio del Espíritu Santo". (PPS IV,10). "Por eso, El Don celestial no es llamado simplemente Espíritu Santo o Espíritu de Dios sino **Espíritu de Cristo**, de modo que quede claramente entendido que viene a nosotros desde Cristo. Así dice San Pablo: 'Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo' (Gal 4,6) ...Podemos ver que el Salvador, una vez entrado en este mundo nunca se fue de él dejando que las cosas siguieran igual que antes de venir. Él todavía continúa con nosotros...por medio de su Espíritu Santo...La presencia corporal de Cristo, que estaba limitada a un lugar...se cambió en la pluriforme inhabitación del Consolador entre nosotros... Restaura para nosotros ese vínculo roto, que viniendo de lo alto junta en una familia santa todo lo que en cualquier lugar es santo y eterno, y lo separa del mundo rebelde que va hacia la nada. Siendo, entonces, hijos de Dios y uno con Él, nuestras almas ascienden y claman a El continuamente. (PPS II,19)

Esta "familia santa" es **la Iglesia**, que el Credo llama la **Comunión de los Santos**. Y debemos recordar que esta Comunión no se da sólo entre los que estamos en la Iglesia terrena sino también con la Iglesia celestial de los bienaventurados y la de las almas del purgatorio. En Pentecostés se hizo visible esta efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y comenzó también esa Comunión de la Iglesia visible con la invisible. Citando a Newman otra vez: "¿Seremos tan infieles como para suponer que la Iglesia es solamente lo que parece ser, una humana institución pobre, desamparada y despreciada, desdeñada por los ricos, saqueada por los violentos, juzgada con la mirada racionalista de los sofistas, patrocinada por los grandes, y no creer más bien que sirve en la presencia del Trono Eterno, rodeado por los 'veinticuatro tronos', donde están sentados 'veinticuatro Ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro sobre sus cabezas?' (Apoc 4,4)". Está citando el Apocalipsis, y la conclusión consuela y anima: "Estos son pensamientos inspiradores para el cristiano solitario, desanimado, perseguido, difamado o despreciado, y le corresponden si por lo que hace se une a esa Comunión que profesa. Se une a la Iglesia de Dios, no quien solamente habla de ella o la defiende o la contempla, sino quien la ama. El que ama la invisible compañía de los creyentes es el que ama a los que son visibles...Así como somos dignos de estar en comunión con los creyentes de todo tiempo y lugar, estemos en comunión debidamente con aquellos contemporáneos y vecinos nuestros" (PPS IV,11).

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles dio comienzo al tiempo de la Iglesia. El relato dice que los Apóstoles predicaron inmediatamente en todas las lenguas, un signo de que en efecto las hablaría en todo lugar y tiempo. **La Iglesia nació universal**, y sigue siéndolo. Es lo que significa su nombre de **Católica**. Fue en verdad el Nuevo Orden Mundial realmente instaurado por el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, enviado desde el Padre. Este Espíritu divino, desde hace 2000 años, **no deja de guiar a la Iglesia**. Lo está haciendo ahora mismo. Y así será hasta el fin de los tiempos. La historia de la Iglesia no es un barco a la deriva en medio del mar del mundo. Las pruebas, persecuciones, y tormentas que ha sufrido desde su nacimiento en Pentecostés, han sido causa providencial para un bien mayor, para seguir guiándonos al puerto de la salvación. Y el secreto no está en lo que pueda tener de parecido con cualquier otra institución o grupo humano, y menos con las estructuras políticas. **El secreto vital de la Iglesia** es la presencia viva de Jesucristo, por el Espíritu Santo.

Y en esto está también la clave de la **libertad** con que actúa en el mundo. En este sentido, la Iglesia no es ni puede ser servidora del Estado. Y aunque pueda y deba armonizar y cooperar con él en muchos ámbitos, tiene que hacer prevalecer siempre su identidad divino-humana, que le viene de Cristo mismo y del Espíritu Santo que la guía, y proclamar y defender los principios propios de la fe, aún con el riesgo de ser perseguida, ...cosa que ocurrió históricamente desde el aquel Pentecostés hasta hoy. La pandemia actual y las medidas que se han tomado en todo el mundo, ha venido a ser una ocasión para poner en evidencia una vez más **la misión de la Iglesia en el mundo**: ser testigo de la vocación de eternidad del ser humano, redimido por Cristo de la muerte, y llamado a la santidad de vida por el Espíritu, más aún si está en riesgo de enfermarse y morir. El pánico colectivo, que se ha expandido con una velocidad inmensamente superior al contagio real del virus, es un signo manifiesto de la situación religiosa que vive la mayoría de la población mundial, y pide con urgencia la palabra y la acción insustituibles de la Iglesia en el plano sobrenatural. Porque es el plano olvidado o supuesto, mientras toda la energía está puesta en la medicina natural, o en las estrategias racionales para resolver el derrumbe de la economía. El problema actual de fondo no es ecológico ni biológico sino teológico: es la falta de fe, o la pérdida de la fe, que ve un panorama sólo inmanente, terreno. Insiste en resolver los problemas humanos sin Dios, o postergándolo porque “lo importante es la salud”, o sustituyéndolo con consejos como el repetido “cuidate”. Esta es la cultura que se está gestando cada vez más. Cuando el ser humano no quiere depender de Dios, busca depender de otras seguridades, y acepta incluso perder su libertad por el miedo a perder la vida. Pero la Iglesia no pierde su libertad, y anima a sus hijos nacidos por el Espíritu en las aguas bautismales, para que no pierdan su libertad de hijos de Dios, y ayuden a que otros no la pierdan.

Por eso, a la pregunta **¿qué podemos hacer en estos tiempos difíciles?** la respuesta es: podemos y debemos **vivir y obrar según el Espíritu**. Como dice San Pablo: “Los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios” (Gal 5,16). Por supuesto, hay otros espíritus que quieren conducirnos, pero el que está unido al Espíritu Santo los detecta. El espíritu maligno, que hoy se manifiesta en tantas cosas, públicas o privadas, no es más poderoso que el Espíritu de Dios. Pero anda por ahí. Es el **espíritu del mundo**, como lo llama San Juan, o **el espíritu de la carne**, como lo llama San Pablo, que incluso enumera cuales son los frutos de este espíritu: “fornicación, impureza y libertinaje, idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismo, disensiones y envidias, ebriedades y orgías, y todos los excesos de esta naturaleza”. Y da la sentencia: “Les vuelvo a repetir que los que hacen estas cosas no poseerán el Reino de Dios”. Pero también enumera el otro elenco, bien distinto y contrapuesto, de los **“frutos del Espíritu Santo**: “amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia” (Gal 5, 19-23). A esto debemos aspirar. Esto es plenitud de vida.

Y entonces, y sobre todo en tiempos de prueba, y antes de obrar, **lo que hay que hacer primero es “orar”**. La fuerza del Espíritu Santo es mayor que cualquier fuerza maligna de este mundo. Y es precisamente al Espíritu Santo a quien debemos orar. Más aún, es el que nos enseña a orar bien. San Pablo dice: “El mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede con gemidos inefables” (Rom 8,26). Esto es lo que ha hecho siempre la Iglesia, desde que nació en Pentecostés. Así estaban los Apóstoles, junto con María, en aquel Cenáculo escondido y secreto, esperando el gran suceso público. ¡Y qué transformación tan asombrosa ocurrió en ellos y en el mundo a partir de entonces! Por tanto, oremos, personalmente y en familia, con la **Secuencia de Pentecostés** que hoy se canta en misa:

“Ven Espíritu Santo, y envía desde el Cielo un rayo de tu luz. Ven Padre de los pobres, ven a darnos tus dones, ven a darnos tu luz. Consolador lleno de bondad, dulce buésped del alma, suave alivio para el hombre. Tú eres descanso en el trabajo, templanza en las pasiones, alegría en nuestro llanto. Penetra con tu santa luz en lo más íntimo del corazón de tus fieles. Sin tu ayuda divina no hay nada en el hombre nada que sea inocente. Lava nuestras manchas, riega nuestra aridez, cura nuestras heridas. Suaviza nuestra dureza, enciende nuestra frialdad, corrige nuestros desvíos. Concede a tus fieles, que en Ti confían, tus siete sagrados dones. Premia nuestra virtud, salva nuestras almas, danos la eterna alegría”. Amén.

Nuestro próximo número será en el mes de diciembre 2020



ORDO EQUESTRIS
SANCTI SEPULCHRI HIEROSOLYMITANI
LUGARTENENCIA ARGENTINA - 1888

www.ordendelsantosepulcro.com.ar
Buenos Aires, República Argentina